

## Acerca del vestido

Umberto Eco

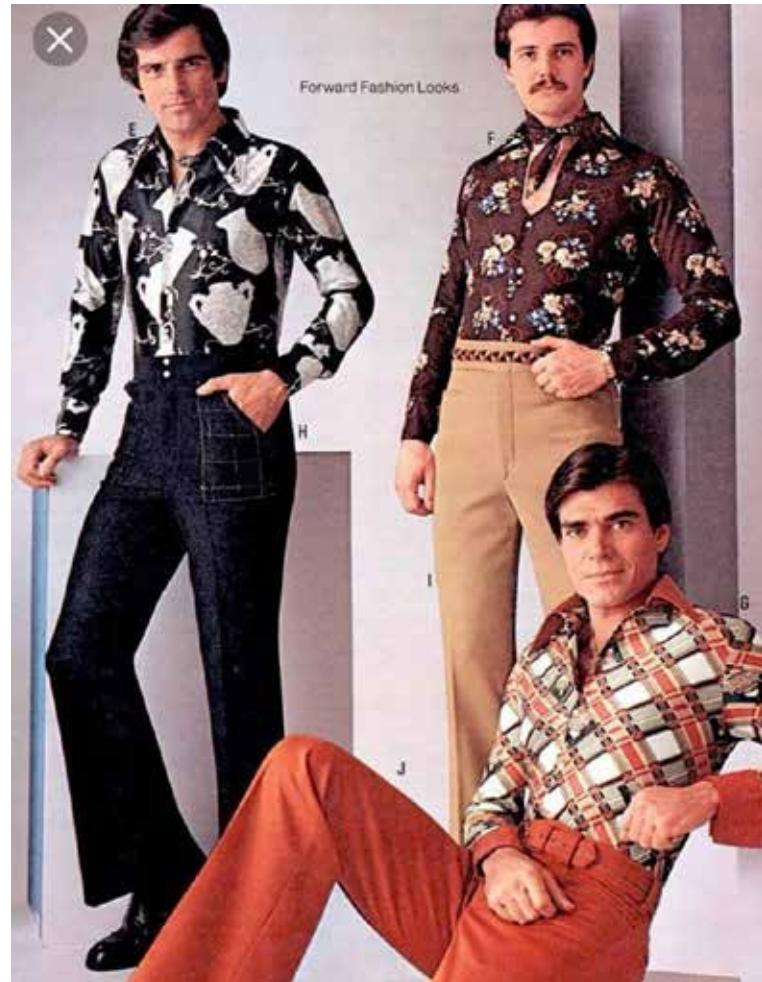
Es cierto que los vestidos sirven principalmente para cubrir el cuerpo. Pero bastará un autoanálisis breve y honrado para convencerse de que, en nuestro vestido, lo que sirve realmente para cubrir (para defender del calor o del frío y para ocultar la desnudez de las partes del cuerpo consideradas vergonzosas por la opinión) no supera el cincuenta por ciento del total.

El vestido es comunicación. Y esta observación podría mantenerse al nivel de un lugar común razonable, que las usuarias del sexo femenino han llevado hasta el umbral de una conciencia ingeniosa, igual que los zoólogos ya no asombran a nadie, cuando explican la función de la atracción de los plumajes y de los colores de la piel, dentro de una dialéctica total de los sexos.

Pero la semiología ha aumentado esa toma de conciencia y nos permite ahora insertar nuestro conocimiento de carácter comunicativo del vestido en un marco más amplio, en el marco de una vida en sociedad en la que todo es comunicación. Por tanto, si la comunicación se extiende a todos esos niveles no hay que extrañarse de que pueda existir una ciencia de la moda como comunicación y del vestido como lenguaje articulado. (...)

Hay casos en que el objeto pierde hasta tal punto su funcionalidad física y adquiere hasta tal punto valor comunicativo, que se convierte ante todo en signo y sigue siendo objeto sólo en segunda instancia. La moda es uno de esos casos. Basta el ejemplo de la capa que se ponía nuestro hombre primitivo por razones exquisitamente funcionales. Tenía frío y se cubría, es indudable. Pero igualmente indudable es que, al cabo de pocos años de la invención de la primera capa, debió de surgir la distinción entre los cazadores valientes provistos de capas conquistadas con esfuerzo y los otros, los incapaces, desprovistos de capas.

El vestido es expresivo. Es expresivo el hecho de que yo me presente por la mañana en la oficina



con una corbata ordinaria a rayas, es expresivo el hecho de que de repente la sustituya por una corbata psicodélica, es expresivo el hecho de que vaya a la reunión del consejo de administración sin corbata. El vestido descansa sobre los códigos y convenciones, muchos de los cuales son sólidos, intocables, están defendidos por sistemas de sanciones e incentivos capaces de inducir a los usuarios a “hablar de forma gramaticalmente correcta” el lenguaje del vestido, bajo pena de verse condenados por la comunidad. Hemos dicho que “muchas” de las convenciones indumentarias son sólidas y que están bien articuladas.

El código del vestido puede estar tan articulado que no permita ninguna variante facultativa: piénsese en el código del vestido militar: no se deja a

la fantasía del usuario la posibilidad de hacer la más mínima invención, ni siquiera la inclinación del sombrero, que se puede dejar a la opción individual en ciertos momentos de relajación de la disciplina, pero nunca en momentos de recuperación global del código, como en los desfiles.

Frente a un traje militar, el traje civil parece abierto a un número mayor de variaciones individuales, desde el color del tejido hasta la elección de la camisa o la forma de los zapatos. Pero, aparte de que esas variaciones existen también en códigos fuertes como las lenguas (...).

Los códigos indumentarios existen. Sólo que suelen ser débiles. Pero débiles quiere decir que cambian con cierta rapidez, por lo que resulta difícil ampliar sus respectivos "diccionarios" y lo más frecuente es que haya que reconstruir el código en

el momento, en la situación dada, inferirlo de los propios mensajes. (...)

El aspecto que nos interesaba revelar es que existen códigos indumentarios. Sólo que son extraordinariamente fluctuantes, de modo que el analista del traje que desee inducir las opciones ideológicas o psicológicas de los comportamientos debe estar listo para captar los códigos mientras se manifiesten, pues inmediatamente se deshacen. Pero el hecho de que sean tan inestables no quiere decir que no sean importantes. Y, en cualquier caso, son más importantes de lo que se suele aceptar. Y su investigación, aunque sea en formas intuitivas y no rigurosas, suele dejarse a los analistas del traje. Cuando, en realidad, el problema debería interesar a quienquiera que decida vivir en la sociedad escuchándola en todas las formas de que es capaz.

